

consonni

# Ana María Shua

## La muerte como efecto secundario



«Ana María Shua —lo ha demostrado repetidas veces— es una escritora de ordenada lucidez. Todos los elementos que usa en su literatura están calibrados y medidos en proporciones justas. En resumen, *La muerte como efecto secundario* es una novela inteligente, diferente, audaz». —**Eduardo Gudiño Kieffer, *La Nación***

«La poética novela de Shua está llena de irónicas vueltas de tuerca que mantienen el suspense hasta la última página». —**Dana Heather Schwartz, *The Literary Review***

«Es una obra honda y perturbadora y está narrada con una prosa limpia, cargada de lirismo y sutil compasión. No se escriben hoy muchas novelas así». —**José Miguel Oviedo, *La República***

«Hace muchos años que no se ve en nuestra lengua una obra tan insólita, tremenda y turbadora. Poco complaciente, ¿verdad? Las altísimas exigencias de la prosa de Shua tampoco lo son». —**L. G. M., *Revista Entreviú***

«Un libro escrito con el talento de una autora que miró hacia la profundidad de su país y luego puso esas llamas en este infierno genialmente descrito». —**Elizabeth Subercaseaux, *Variedades***

«Explorando todos los los géneros, a la vez policial, carta de amor, relato de aventuras urbanas, historia intergeneracional, esta novela no da tiempo al lector de escapar a su juego de espejos y derivaciones que ofrecen la realidad y la identidad de cada ser. Entre Borges y Kafka». —**Espaces Latinos**



## **La muerte como efecto secundario**

**Ana María Shua** (Buenos Aires, 1951) publicó en 1967 su primer libro, *El sol y yo, poemas*. En 1980 su novela *Soy paciente* obtuvo el premio Losada. Sus otras novelas son *Los amores de Laurita* (llevada al cine), *El libro de los recuerdos* (Beca Guggenheim), *La muerte como efecto secundario* (Premio Ciudad de Buenos Aires en novela y Premio Club de los Trece), *El peso de la tentación* y la última, *Hija* (2016). En 2009 sus cuatro libros de cuentos se publicaron reunidos bajo el título *Que tengas una vida interesante*. En 2014 obtuvo los premios Konex de Platino y el Premio Nacional de Cuento y Relato. En 2015 recibió el Premio Trayectoria de la Asociación de Artistas Premiados y en 2016 el Premio Democracia. También recibió varios premios nacionales e internacionales por su producción infantil-juvenil, muy difundida en América Latina y España. Parte de su obra ha sido traducida a quince idiomas.

En 2016 le fue otorgado en México el I Premio Internacional Juan José Arreola de Minificación. Sus libros de microrrelato son *La sueñera*, *Casa de geishas*, *Botánica del caos*, *Temporada de fantasmas* y *Fenómenos de circo*. Los cuatro primeros y parte del último se publicaron reunidos en *Cazadores de letras*. Su último libro también es de microrrelatos, se llama *La guerra* y fue publicado en 2019 en Buenos Aires y en Madrid.



Fotografia: Silvio Fabrykant



# **La muerte como efecto secundario**

**Ana María Shua**

**consonni**



Autora **Ana María Shua**  
Corrección **Sonia Berger**  
Diseño de colección **Rosa Llop**  
Imagen de cubierta **Susana Blasco**  
Maquetación de cubierta **Cristina Irisarri**  
Impresión **Gráficas Iratxe**  
Printed in Spain

Edición **consonni**  
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D  
48003 Bilbao  
[www.consonni.org](http://www.consonni.org)

Primera edición en consonni:  
junio de 2021, Bilbao

ISBN: 978-84-16205-70-7  
Depósito legal: BI-00856-2021

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons CC Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivada 4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0. Los textos, edición, traducciones e imágenes pertenecen a sus autoras/es.

Edición original: *La muerte como efecto secundario*,  
Editorial Sudamericana, 1997, Argentina

**consonni** es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.





## **Prólogo a la edición española de 2021**

En el año 2020, una atroz pandemia se desató sobre la humanidad. En el año 2020, la editorial consonni, de Bilbao, me propuso reeditar en España mi novela *La muerte como efecto secundario*. Y tal vez no haya sido una simple coincidencia.

El coronavirus, terriblemente contagioso, mataba sobre todo a los viejos y los enfermos. Hasta la aparición de las vacunas, que no sucedió de inmediato, los únicos recursos que teníamos para controlar el virus eran antiguos y dolorosos: las restricciones, confinamientos y cuarentenas provocaron catástrofes económicas en todo el mundo. Por un buen tiempo, el COVID se transformó en el único lente a través del cual podíamos mirar la realidad. En Europa, las residencias de ancianos fueron duramente golpeadas y esa situación obligó a reflexionar una vez más sobre las privatizaciones de los últimos años y sobre la peligrosa, nunca tranquilizadora relación entre lo público y lo privado.

En mi vida cotidiana, soy una persona optimista. En mi vida profesional, no. Los escritores somos incapaces de imaginar un futuro feliz porque parte de nuestra misión en este mundo es escarbar en las llagas del presente. Como modestos, minúsculos profetas (y a veces sin saberlo), predecimos cataclismos para tratar de conjurarlos. Esta novela, escrita tantos años antes, prefiguró de algún modo una parte de la salvaje realidad social con la que se encontró el COVID. En España, sobre todo, las residencias de ancianos, muchas de ellas privatizadas y mal gestionadas, aportaron un altísimo porcentaje de las víctimas.

Quisiera explicar el porqué de ese futuro cercano y posible, con residencias obligatorias, que aparece en mi novela. Cierta convención literaria habla de la independencia de los personajes, de su rebelión ante el autor. No creo en ese afán revolucionario. Lo que sucede en realidad es que el texto, a medida que se construye, va dictando e imponiendo sus propias leyes y todos están sometidos a ellas: el autor tiene que obedecerlas como si fuera un personaje más. En este caso no fui yo la que decidió ubicar la acción de mi novela en un futuro cercano y probable: fueron esas leyes inquebrantables.

Todo empezó con un personaje que me perseguía día y noche: era un viejo terrible, malvado, atractivo, simpático, mujeriego, tiránico, feroz, mentiroso, seductor, sarcástico, despreciativo, divertido. Un hombre que no tenía ningún principio, ningún escrúpulo, ninguna ética, alguien que hacía siempre lo que se le daba la gana, por encima y por debajo de las normas sociales, riéndose incluso de los deberes que impone el amor. La única manera de librarme de él era darle un papel protagónico en mi novela.

*La muerte como efecto secundario* nació de esa decisión. Quise contar la relación entre el viejo y su único hijo varón, una relación de amo-esclavo. El hijo, sometido toda su vida por ese padre al que odia y admira al mismo tiempo, no puede librarse de su sombra amenazadora.

Decidí llevar esa relación hasta sus últimas consecuencias, quise que ese hijo estuviera dispuesto a enfrentar a toda la sociedad, al mundo entero, con tal de conseguir lo que su padre le pedía, con tal de lograr que su padre se sintiera orgulloso de él y hasta dispuesto a confesárselo. Para eso necesitaba una situación extrema, brutal. Imaginé, entonces, una sociedad en que las residencias de ancianos (el vocabulario políticamente correcto las llamará, en mi libro, *Casas de Recuperación*) fueran obligatorias para los ancianos impedidos. Imaginé que el padre le rogaba al hijo que lo salvara, que lo sacara de allí. Supe que el hijo lucharía con todo lo que era y lo que tenía por rescatar a su padre y darle lo que le estaba pidiendo: una buena muerte. (Habrà que leer la novela para saber si lo logra.)

En este caso, la necesidad de que las residencias fueran obligatorias me obligó a ubicar la acción en el futuro. Postulé, entonces, un futuro muy próximo, impreciso, muy parecido a nuestro presente, en el que no hay ningún cambio tecnológico importante, sino que, simplemente, se han acentuado ciertas características del mundo en que vivimos. Un futuro de anticipación y no de ciencia ficción. Para diseñarlo, no usé la imaginación. Me limité a seguir las tendencias que todos conocemos. El crecimiento de la brecha entre ricos y pobres, la falta de trabajo, el aumento de la marginalidad y por lo tanto de la violencia, un Estado que ha perdido buena parte de su poder, pero no el de subvencionar a ciertas empresas, la fuerza de la policía y de la justicia en manos de esas mismas empresas, a través de sus ejércitos de custodios y guardias privados. En ese contexto, las Casas de Recuperación donde se recluye a los ancianos enfermos son un lugar opaco, restringido, silenciado. Por cierto, en mi novela jamás hubieran permitido que el COVID se ensañara de ese modo con sus clientes. A las Casas les conviene que sus forzados residentes vivan lo más posible, se trata, incluso, de estirarles cruelmente la agonía, si fuera conveniente por razones comerciales. La despiadada organización económica que nos rige ha descubierto que no solo

los adolescentes o los niños son un interesante objetivo comercial: también ellos, nuestros mayores, son un grupo de consumidores a los que es posible exprimir todavía un poco más. En resumen, ninguna fantasía, nada más que una contemplación sin adornos de nuestra realidad actual.

Esa visión de la sociedad no implica una mirada dulzona sobre los viejos. En esta novela no van a encontrar tiernos ancianitos, más buenos, más generosos o más sabios que el resto de la gente. No lo es el viejo egoísta que protagoniza, con su hijo, la novela. Pero, además, la comunidad de los Viejos Cimarrones, hombres y mujeres que han logrado escapar de las residencias y sobreviven con métodos más o menos ilegales de autogestión, no es mejor ni más exitosa que las Casas de Recuperación.

La literatura, como siempre, plantea muchas preguntas y no da ninguna respuesta. Nadie está dispuesto a develar todos sus secretos, ni siquiera los pocos que conoce. Esta fue la breve y mentirosa historia de cómo escribí mi novela *La muerte como efecto secundario*.

Ana María Shua

## **Reacciones adversas**

*La rifampicina es bien tolerada a las dosis recomendadas. Las siguientes reacciones adversas pueden presentarse: prurito, eritema, erupción, anorexia, náuseas, vómitos, malestar abdominal, colitis pseudomembranosa, diarrea, hepatitis y trombocitopenia. Esta última puede presentarse con o sin púrpura y está asociada a un tratamiento intermitente, siendo reversible si la droga se suspende inmediatamente.*

*Se han presentado casos de hemorragia cerebral y muerte cuando la administración de la rifampicina se continuó o se reinició después de la aparición de la púrpura.*





# UNO

Si se mira durante un tiempo un cuadrado rojo y después se fija la vista sobre un papel en blanco, se ve un cuadrado verde. Así, como un efecto óptico, como una mancha de sol en la retina, que baila, brillante y molesta, delante de los ojos, veía yo, constantemente, en tonos que cambiaban del negativo al positivo, la foto en colores del tumor que obstruía el intestino de mi padre.

Estaba cansado. Había dormido poco. Nunca fue fácil el sueño para mí, siempre tuve que engañarlo, seducirlo para que se me entregara. Pero en los últimos años, el sueño se convirtió en un lujo inesperado que trato de gozar cuando se presenta, sin pretensiones de horario o de lugar, como a una amante casada.

Me sentía mal. La visita de mi padre, su presencia breve y brutal, me había dejado sin fuerzas.

Si hubieras estado conmigo, te habría mostrado la foto. Hubieras apartado la vista con asco, con reproche: pero no estás y yo necesito compartirla, aunque sea con tu recuerdo malhumorado.

Era una foto obscena, de intención claramente pornográfica: ninguna insinuación, ningún intento de expresión artística, la máxima crudeza. Había sido tomada mediante una pequeña cámara al extremo de un tubo largo y flexible, en una rectoscopia. Mostraba una mucosa rosada y húmeda que parecía el interior deforme, impensable, de un sexo de mujer. El tumor era negro, con los bordes deshilachados. No había transición, no había un oscurecimiento progresivo que llevara a ese abrupto cambio de color. Al contrario, un reborde violentamente rojo, como el que podría haber hecho un chico con un marcador para separar claramente la figura del fondo, delineaba sus límites –se hacía necesario recordar que esa enérgica frontera no servía para detener su avance– y era el único elemento en la fotografía que hacía pensar en el dolor.

Prendí el televisor para sumergirme en un mundo brillante que transformara la imagen fija de mi retina en un baile de luces y sombras. Esa es la teoría: un clavo saca otro clavo, una imagen se borra con otra imagen, una mujer se olvida con otra mujer.

Con el control remoto en la mano, cerré los ojos para elegir al azar y me propuse quedarme allí donde el azar me lo marcara. No quería dejarme llevar por esa impaciencia loca que nos hace cambiar de un canal al otro en busca de algo imposible y maravilloso, algo que no existe, algo tan improbable como la Fuente de la Juventud, o la Ciudad del Oro, en busca del entretenimiento supremo, el Nirvana, la pérdida del yo, búsqueda sin ilusiones que nos hace apagar el aparato convencidos de que no hay nada, absolutamente nada entre los cientos de posibilidades que se nos ofrecen, que merezca el esfuerzo de nuestra atención, de nuestra intención.

Si en lugar de someterme voluntariamente al azar hubiera decidido elegir, me habría quedado mirando las entrevistas de Sandy

Bell, ese travesti ingenioso que tomó su nombre de un dibujo animado y que a veces logra interesarme. Pero el azar me destinó el programa semanal del presidente. Fue una distracción y un alivio.

El pobre hombre, su gabinete, la gente de su partido, se esforzaban por atraer la volátil atención de los espectadores y votantes combinando periodismo inteligente con números musicales y habilidades de comediantes. Por supuesto, era sobre todo propaganda política, pero la producción no era mala. Como cierre del ciclo aparecía esa imagen que estamos acostumbrados a ver en tantos comerciales, el presidente en una demostración de equilibrio que al principio parece precario pero se va mostrando firme a medida que logra superar obstáculos y situaciones difíciles.

Aunque a vos y a mí y a muchos otros esas demostraciones casi circenses nos resulten ridículas, la gente común quiere a sus representantes también por eso, por su esfuerzo personal por divertirlos, por hacerles olvidar durante un rato la pobreza, la falta de trabajo, la monotonía. Nuestros políticos se hacen cargo en forma directa, con su cuerpo mismo, de la felicidad del pueblo, y el pueblo responde con votos y con amor. Ya todos sabemos, hasta los marginales y los locos, que no son nuestros gobernantes los que nos gobiernan.

El presidente parecía agotado debajo del maquillaje denso, con esa expresión extraña de los nuevos viejos a la que nos hemos habituado después de tantos años de cirugías. Otra vez se insinuaban sus típicas bolsas debajo de los ojos enrojecidos; en la barbilla tenía un grano desagradable que la base y el polvo no habían alcanzado a disimular. Era una pena que entregara su cara a profesionales de segunda línea. Me imaginé trabajando sobre esos rasgos: podría haberlo hecho tanto mejor. El maquillador no había considerado los cambios de iluminación en cada secuencia.

Miraba ese programa absurdo con la vaga esperanza de que lo estuvieras viendo en alguna parte del mundo, por curiosidad o por nostalgia, al mismo tiempo que yo. Ahora que no importa desde

hace tanto, puedo decirte hasta qué punto estás siempre en lo que hago o en lo que decido no hacer. Te gustaba mucho mirar televisión y supongo que todavía te gusta, que seguís viajando durante horas por los canales, buscando el Elixir Mágico mientras disfrutás, aunque lo niegues, de la búsqueda. Si yo hiciera lo mismo, si saltara al azar subiendo y bajando la numeración de los canales, podríamos no encontrarnos nunca. En cambio, al quedarme así, en un programa cualquiera, tengo la casi certeza de que tus ojos van a pasar tarde o temprano por el mismo lugar en el que están los míos, casi como si estuviéramos juntos, casi como si nuestras miradas se tocaran.

Mi padre me dejó la foto sobre la mesa de metal. ¿Olvidada? En otras épocas hubiera hecho varias copias para repartir entre sus conocidos. Ahora, mostrarse muy enfermo es peligroso. De todos modos, ya no tiene muchos conocidos. Cuando se persiste en vivir más allá de ciertas fronteras, no suelen quedar amigos con los que celebrar el triunfo.

Me sorprendió escuchar su voz del otro lado de la puerta. Sale poco. Mi madre no sale nunca, casi no ha dejado su departamento en los últimos años. Deberían estar desde hace tiempo en una Casa, pero una combinación de salud, prudencia y dinero les ha permitido sostener su relativa libertad. Ya se sabe cómo son las cosas: si ves a un anciano que excede la edad de la independencia caminando en un centro de compras —y a pesar de la tintura, de las operaciones, se los adivina en la inclinación del cuerpo, en el movimiento de las rodillas, suelen tener el esqueleto tanto más viejo que la piel— podés asegurar que se trata de un anciano poderoso o por lo menos muy rico.

En mi desesperación por compartir con vos todo lo que no nos era posible compartir, te hablé muchas veces de mi padre. Vos me oías sin escucharme, sin impaciencia sin embargo, y nunca conseguí adivinar si te aburrías. En cambio, yo me precipitaba sobre

cada resto, cada vaga palabra tuya que pudiera darme más información sobre tu vida, tus gustos, tu historia. Saber, por ejemplo, que siempre, desde muy joven, habías odiado el color verde fue un dato abrumador. Cada vez que elegía un regalo para vos nuestro secreto me obligaba a reflexionar sobre tu personalidad: mis regalos clandestinos tenían que hacerse pasar por elecciones tuyas. Era fácil regalarte libros, discos, copias en video de clásicos del cine o de esas películas viejas y malas que por algún motivo recordábamos los dos y que yo sabía cómo conseguir. Pero a veces necesitaba hacerte un regalo que me llevara más cerca de tu cuerpo. Me decidía, entonces, por un echarpe, un cinturón, una camisa de seda de cualquier color, deseando que apreciaras con cuánta intensidad me cuidaba del verde.

Te hablé muchas veces de mi padre, pero las palabras imponen límites. Hay que haber participado –por error o por interés– en los juegos que mi padre propone, y en los que solo gana él, para entender ciertas estructuras de la realidad que el lenguaje no puede imitar. Te hablé demasiado: era lógico que su poder sobre mí aguzara tu curiosidad. Descansando con tu cabeza sobre mi hombro y una media sonrisa distraída, me escuchabas mucho más y mucho mejor de lo que nunca me atreví a desear.

Le abrí la puerta y entró, siempre tanto más alto que yo, aunque ahora le llevo casi una cabeza. Se había hecho traer por un taxista, un muchacho joven y discreto que suele trabajar para él y para otros ancianos con dinero. Con inteligente disimulo, apoyándose torpemente uno en el otro, lo había ayudado a subir los tres escalones de la entrada y abordar el ascensor.

Cuando lo vi caminar moviéndose como un muñeco metálico con las bisagras oxidadas, como el Leñador de Lata de *El Mago de Oz*, pensé en mi propia artrosis –tengo dolores en las manos y en las rodillas– y me pregunté –pero ya sabía la respuesta– si me iba a animar a pegarme un tiro antes de quedar totalmente impedido.

Esas decisiones fundamentales que uno va dejando para mañana hasta que un día el índice anquilosado ya no tiene bastante fuerza para doblarse sobre el gatillo. Siempre quedan los pisos altos, volar es una de mis viejas fantasías.

Se apoyaba en el bastón. Una parte de su cuerpo dominaba a las demás, obligándolo a inclinarse y apretar el bastón con fuerza, con las dos manos, contra el suelo. El dolor no venía de las piernas sino del vientre. Por momentos se doblaba en dos.

–Hijo mío querido –dijo mi padre y, como siempre, mentía–. Sé que tenés problemas de plata.

Eso era verdad.

Pero a esa altura ya me había dado la foto, es decir, ya había establecido con claridad cuál de los dos tenía más problemas que el otro, porque hasta en eso, hasta en el monto de desdicha quiso siempre ganar mi padre, exactamente igual que en todo lo demás. Me sentí desgarrado entre la brutal realidad de su dolor y la forma en que trataba de extorsionarme con él.

El tumor obstruía casi toda la luz del intestino. Hasta ahora había seguido adelante con enemas, pero no podría resistir mucho tiempo más.

Jadeando entre frase y frase, interrumpiéndose para tomar aliento, mi padre siguió hablando, preocupándose por mí.

–Sos mi hijo, soy tu padre, hay que olvidarse de otras historias que pasaron y se fueron. Queda lo único importante –me dijo–. Quiero ayudarte.

Sacó un paquete con diez mil dólares contados y fajados por la máquina del banco, anunció la cantidad y lo puso sobre la mesa.

–Esta plata es para vos. No digo que es un regalo porque tenés orgullo y también para que tu hermana no piense que alguna cosa le estoy quitando.

Yo había estado a punto de rechazarlo, a pesar del sudor con el que su cara se cubría en cada espasmo, pero ahora me detuve.

–No es un regalo –repitió–. Es un préstamo en dólares al veinte por ciento anual, la primera cuota me la cobro por adelantado, por favor, contá todo y dame dos mil ahora.

Estaba tan sorprendido que solo pude obedecer. Conté dos mil dólares, los separé del fajo de billetes y se los entregué.

–Tenés que pagarme –siguió mi padre– dos mil dólares por año, que me vas a dar cada vez el día de mi cumpleaños. Dentro de diez años me devolvés el capital, o sea los diez mil. Y si me muero antes, hijito querido, queda saldada la deuda.

Como no sabía si darle las gracias o mandarlo a la mierda, tomé el dinero y me lo guardé.

Cuando se fue, descubrí que me sentía más conmovido que enojado. Era un juego más, otra vez se trataba de ganar o perder, mi padre había hecho una apuesta de diez mil dólares contra la muerte. Y esta vez no le habían dado tiempo de cargar los dados.

Conté otra vez el dinero. Eran ocho mil.





Imagen de cubierta

**Susana Blasco** cuenta con más de veinte años de experiencia como diseñadora gráfica, ilustradora y collagista. Nace en Zaragoza pero desde hace ocho años reside en Bilbao. Está especialmente interesada en la exploración de la memoria, el tiempo, el pasado, los recuerdos, el olvido y la mujer, utilizando muy frecuentemente como material de partida fotografías antiguas y pequeños objetos encontrados.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

### **Grupo asesor**

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2020 este grupo flexible que nos ha propuesto

contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez...

Este título ha sido sugerido por la escritora e investigadora literaria cubana  
Maielis González.

**[www.consonni.org](http://www.consonni.org)**

Producimos y editamos cultura crítica

## **El origen del mundo**

*La muerte como efecto secundario*, de Ana María Shua, se terminó de imprimir el 3 de junio de 2021 en Gráficas Iratxe, Orkoien, Navarra, en el aniversario del nacimiento de la escritora española de la generación del 27 Rosa Chacel (1898), de la bailarina, cantante y actriz francesa de origen afroamericano Joséphine Baker (1906), del cineasta Alain Resnais (1922) y del abogado y académico, creador e impulsor de la iniciativa Creative Commons Lawrence Lessig (1960), entre otras muchas activadoras de comienzos.

Una de las 100 mejores novelas publicadas en español en los últimos 25 años según el IV Congreso Internacional de la Lengua (Colombia, 2007). Novela situada en un futuro inquietantemente próximo en el que se acentúan características reconocibles: la falta de trabajo, el aumento de la violencia, un Estado que ha perdido su poder, un patriarcado agonizante que se niega a ceder su hegemonía y una sociedad del espectáculo dispuesta a retratar cualquier momento escabroso. *La muerte como efecto secundario* transcurre en un Buenos Aires caótico que ya no se puede caminar, dividido en «barrios cerrados», donde la gente rica se protege, y «barrios tomados», que la marginalidad hace inhabitables.

Cuando se publicó por primera vez en 1997, esta novela obtuvo el Premio Ciudad de Buenos Aires y el Premio Sigfrido Radaelli otorgado por el Club de los Trece. Sin dulcificaciones, la historia se centra, por una parte, en la relación de Ernesto Kollody con su examante a la que escribe un conjunto de cartas que estructuran la narración; y por otra, en la dependencia hacia su padre con quien mantiene un vínculo de amo-esclavo: un viejo sin escrúpulos que ruega a su hijo que lo salve de su destino. En ese contexto, las Casas de Recuperación, forma políticamente correcta de referirse a los asilos, donde se recluye obligatoriamente a los ancianos enfermos, son un lugar opaco, restringido, silenciado. Esta novela, escrita tantos años antes, anticipó la salvaje actualidad de muchas residencias de ancianos, privatizadas y mal gestionadas. Ninguna fantasía, nada más que una contemplación sin adornos de lo que podría ser nuestro futuro si no hacemos nada para evitarlo.

«Maestra indiscutible del microrrelato, Ana María Shua ha escrito también una de las novelas distópicas más memorables de la lengua castellana». —**Maielis González**

IMAGEN DE CUBIERTA  
**Susana Blasco**



**consonni**

Producimos y editamos cultura crítica  
[www.consonni.org](http://www.consonni.org)